

"El futuro del pasado": Seminario de actores locales por los 15 años de la inclusión de Cuenca en la Lista del Patrimonio Mundial. Visión filosófica

"The future of the past": Seminar of local actors for the 15
years of the inclusion of Cuenca in the World Heritage List.
Philosophical view

Resumen:

Autor:
Monseñor Luis Cabrera Herrera,
O.F.M. Arzobispo de Cuenca,
(Ecuador)

Recibido: 18 de Noviembre 2014
Aceptado: 20 de Diciembre 2014

El futuro del pasado es un tema que no solo abarca a la historia, el arte –arquitectura, escultura, pintura, música– y las nuevas tecnologías para la restauración y la conservación del Patrimonio Cultural, sino también a la concepción filosófica y teológica del tiempo, la antropología y la cultura y su relación entre sí. De igual manera, incluye al enfoque sobre la percepción del cambio de uso, los beneficios y, particularmente, los desafíos que nos ofrecen los bienes patrimoniales hacia el futuro.

Palabras clave: Cuenca, visión filosófica, bienes patrimoniales.

Abstract::

The future of the past, a theme that covers not only the history, the art, architecture, sculpture, painting, music and the new technologies for the restoration and conservation of the cultural heritage, but also the philosophical and theological conception of time, anthropology and culture and its relationship, as also the focus on the perception of the change of use, benefits and, in particular, the challenges offered by the heritage assets for the future.

Keywords: Cuenca, philosophical view, assets.

1. Introducción

El pensamiento grecorromano sintetizó las propiedades trascendentales del ser en cuatro elementos constitutivos: *unum, verum, bonum y pulchrum* (uno, verdadero, bueno y bello). En esta oportunidad nos interesa la primera: el unum, que se refiere a que la unidad del ser nada tiene que ver con la uniformidad, todo lo contrario, se construye con la diversidad de elementos que están presentes de una manera armónica, en la que la autonomía de cada parte guarda una interdependencia con las demás. Pensemos, por ejemplo, cómo un árbol contiene la diversidad de su raíz, tronco, ramas, flores y frutos, integrada en una unidad de vida. El término cosmos, justamente, significa armonía de los seres.

Esta unidad se evidencia con mayor claridad en el ser humano, por eso, pensadores medievales como Buenaventura de Bagnoreggio, lo definían como el «microcosmos», ya que concurren en él las realidades más diversas.

Nuestra mente, por su parte, no actúa de una manera total u holística para conocer a los seres, sino de un modo analítico, es decir, por partes o aspectos. Si no se realiza inmediatamente la síntesis (poner juntas las partes), se corre el riesgo de la fragmentación que destruye la unidad. Si una sola parte se la desconoce o anula, el individuo pierde su identidad. Este peligro se da, de una forma especial, en las especializaciones en las que el ser humano es diseccionado hasta reducirse a una partícula, pero se sigue pensando que se posee todo su ser.

Las universidades (*unum versus*) nacieron como un esfuerzo por lograr la unidad del saber científico, filosófico y teológico para el sujeto del pensamiento que es el mismo ser humano. En la teología cristiana se sumó un nuevo elemento: la revelación, que más tarde se identificó con la fe. A partir de este concepto, se plantearon nuevas

relaciones como fe y razón, filosofía y teología, ciencia y teología, fe y política, fe y economía, fe y arte, etc.

De manera similar, los fundamentos de la fe cristiana se desarrollan bajo el concepto de unidad en la Trinidad, que es la unidad de tres personas diferentes y en la Encarnación, que es la unión de dos naturalezas: la divina y la humana.

Este principio filosófico de «distinguir sin separar» supera dos posiciones extremas. Por un lado, el uniformismo, que desconoce o anula toda diversidad y, por otro, la fragmentación que absolutiza un aspecto de la realidad a costa de los demás.

En este camino para la comprensión del *Futuro del Pasado* de nuestro Patrimonio Cultural, es necesario ver a los conceptos de tiempo, ser humano y la relación entre naturaleza, cultura y diálogo intercultural, desde la unidad de movimientos y aspectos.

Veamos, entonces, cómo ocurre la unidad en los conceptos de tiempo, antropología y cultura, elementos inseparables en nuestro patrimonio tangible e intangible.

2. Concepto de tiempo

Desde el punto de vista filosófico, no es lo mismo decir que «tenemos» tiempo que «somos» tiempo. En el primer caso, el tiempo permanece como un elemento externo al ser humano o a los pueblos y, en el segundo, es esencial o constitutivo de ellos. Si somos pasado, presente y futuro, el tiempo se desdobra en tres dimensiones inseparables. En este caso, el presente se explica desde el pasado y el futuro se proyecta a partir de él y del presente. Un pueblo sin pasado se parece a un árbol sin raíces y uno sin futuro sería como una casa cerrada o un museo de piezas fosilizadas.

¿El tiempo pasa por las cosas o éstas por el tiempo? El tema de la permanencia y de los cambios en el tiempo de los objetos, las personas y los hechos fue analizado especialmente por Parménides y Heráclito.

El primero sostenía que todo permanece y el segundo que todo cambia. Aristóteles, tratando de conciliar estas posiciones, afirmaba que hay cosas que permanecen, como la substancia o la esencia, y otras que cambian denominadas accidentes como las relaciones, el peso, entre otras cualidades.

El tiempo marca el sentido o la finalidad de la historia; por ello, sigue siendo una de las grandes inquietudes, no solo de filósofos, sino también de antropólogos, políticos, economistas y sociólogos. Esta preocupación tiene mucho que ver con el concepto de tiempo que se maneja, que puede ser lineal, circular o espiral.

En una concepción lineal del tiempo, el presente superaría al pasado y el futuro a los dos. El progreso sin límites tiende a mirar al pasado como una etapa sin mayor trascendencia, al futuro como la máxima realización y al presente como una etapa transitoria, importante, pero destinada a desaparecer. Las teorías de los cambios de época que se producen cada cierto tiempo, casi de una forma automática e irreversible, surgen en este horizonte de comprensión. Los milenarismos y los mesianismos políticos, sociales y religiosos, que anuncian con frecuencia el cambio radical de una época a otra, han marcado los hitos de este enfoque

Esta visión lineal, podría también conducirnos a aferrarnos a una de las siguientes etapas: añoranza (mirada enfocada solamente al pasado); anhelo (mirada solo al futuro) o inmediato (mirada únicamente al presente). La tendencia actual que muchos jóvenes han asumido tras la caída de las grandes utopías sociales, políticas y religiosas, es la de vivir en la cultura del fragmento, de lo líquido, lo provisorio, es decir, del presente sin ninguna referencia al pasado o al futuro.

Por otro lado, desde una visión circular del tiempo, las cosas y los hechos históricos estarían en repetición continua o «eterno retorno». Su lema es: «nada hay nuevo bajo el sol». El mito de Sísifo, condenado por los dioses a subir y hacer rodar una piedra desde una colina, es una de las grandes ilustraciones de esta mentalidad.

En una perspectiva espiral del tiempo, el pasado, el presente y el futuro se integran en un movimiento constante hacia adelante y hacia arriba. Mientras nos dirigimos al futuro,

el presente y al pasado siguen siendo fuentes de sabiduría y referencias para la solución de los grandes problemas personales, familiares, sociales y políticos.

En algunas culturas andinas, el futuro está en el pasado. El hoy es una vuelta constante a los orígenes o al punto de partida. En este contexto, los ancianos, por ser la memoria viva de un pueblo, ocupan un lugar de gran importancia en la comunidad. El tiempo, más que un kronos, es un kairós, en otras palabras, un acontecimiento o un encuentro donde no hay prisa. Los solsticios y los movimientos constantes de la luna marcan los tiempos personales, familiares y sociales.

Entonces, al «futuro del pasado» de nuestro Patrimonial Cultural, ¿en qué noción lo ubicamos?

3. Visión antropológica

Sin duda, las grandes interrogantes de todos los tiempos y lugares siguen siendo quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos.

A lo largo de la historia, las ciencias como la biología, la psicología, la sociología, la economía, la política, la ecología y, por su lado, la filosofía y la teología nos han ofrecido las más variadas respuestas. A partir de ellas han surgido, por ejemplo, la antropología física, la antropología cultural, la antropología filosófica y la antropología teológica, las cuales pone en relieve aspectos constitutivos del ser humano, que, armonizados, nos conducen hacia una visión integral.

A la luz de estos aportes, la persona ha sido definida como una unidad bio-psicosocial, especialmente en el campo pedagógico, en el que se habla de formación integral u holística. A estos elementos, si queremos ser coherentes con las antropologías existentes, deberíamos añadir la dimensión cósmica y la espiritual. Asimismo, desde el punto de vista filosófico, el ser humano no solo es definido como esa unidad, sino también como una realidad única e irreplicable.

La antropología filosófica, además, pone de manifiesto su historicidad, lo cual le permite proyectar o soñar, dentro del espacio y el tiempo, lo que quisiera construir para sí y para los otros.

Esta visión unitaria, única e histórica de la persona nos muestra la relación existente entre las diversas realidades que están presentes en toda expresión cultural. Los elementos constitutivos del ser humano forman, de este modo, un tejido interdependiente e interactivo. La imagen que mejor refleja esta realidad es la del poliedro: un solo objeto con diversas caras.

Esta manera unitaria de entender la vida nos ayuda, por un lado, a superar los reduccionismos en los que podemos caer fácilmente, como el biologismo, el psicologismo (intelectualismo, voluntarismo, sentimentalismo), el sociologismo o colectivismo, el cosmologismo (la nueva era) y el espiritualismo. Estas posiciones unilaterales absolutizan un aspecto en detrimento de los otros. Del mismo modo, nos permite resolver las aparentes contradicciones o las innecesarias y estériles disyuntivas que puedan darse, como cuerpo o alma, individuo o sociedad, espiritualidad o cultura, entre otras.

En la cotidianidad, la espiritualidad, bajo cualquier denominación, abarca a toda la persona. Los ritos y símbolos están presentes en los distintos momentos de la vida personal, familiar y social. La espiritualidad cristiana-católica, por ejemplo, comprende a las personas en categorías de fraternidad y amistad, de libertad y responsabilidad, de justicia y solidaridad, entre otros valores.

El cosmos, igualmente, desde el principio de creación, deja de ser una deidad o un elemento hostil a la vida y se transforma en la madre, la hermana o la amiga que, lejos de ser explotada y contaminada, debería ser cuidada de la mejor manera.

Entonces, es posible imaginar al futuro del pasado de nuestro patrimonio desde una visión unitaria del ser humano, en la que confluyen todos los saberes científicos, filosóficos y teológicos. No basta, por ello, conocer la técnica utilizada, la época de su realización, los actores que intervinieron, los materiales empleados, sino también las convicciones filosóficas y religiosas que las motivaron. A estos aspectos se los denomina actualmente, de una manera intuitiva, Patrimonio Intangible, constituido por valores éticos, estéticos y espirituales.

4. Relación naturaleza-cultura

No es fácil llegar a un acuerdo entre lo que significan naturaleza y cultura. Muchos incluso niegan la existencia de la naturaleza de las cosas y de las personas y todo lo transforman en construcción social o cultural; otros, en cambio, se quedan en una mera descripción naturista de las mismas.

Entonces, surgen inquietudes como la de si la naturaleza y la cultura son dos realidades completamente distintas y separadas, o si existe alguna relación entre ellas. En general, por naturaleza se entiende a lo que les constituye en su ser y hacer, además, está regida por leyes físicas, químicas o biológicas. La cultura, en cambio, es «el aporte» del ser humano a la naturaleza, cuando es modificada para satisfacer sus necesidades o aspiraciones.

También podríamos preguntarnos si el mundo físico y social es externo o inherente al ser humano. A continuación se esbozan algunas respuestas:

- a) Si es externo, aparece como una realidad que precede y seguirá existiendo sin nosotros. El mundo físico y social nos supera en el antes y en el después de nuestra vida personal y social. Lo que se debería hacer es tan solo conocer y descubrir su sentido último. Las ciencias, por lo mismo, deberían investigar las leyes que rigen a las realidades que nos rodean.
- b) Si el mundo físico y social es algo inherente a nosotros, podemos darle un nuevo significado o valor. Un árbol, por ejemplo, cuando se transforma en una escultura o en un mueble, adquiere un nuevo significado. Esto sucede también con otros elementos, como la tierra, el aire, el agua, la piedra, el cobre, el bronce, los que, al ser reelaborados, asumen valores económicos, estéticos, históricos, sociales.

La cultura, por lo tanto, «añade» o «quita» algo a lo ya existente y le confiere un nuevo significado. En la vida ordinaria, estas dos actitudes convergen tranquilamente, pues es posible descubrir el valor de las cosas y de las personas en sí mismas y, también, darles un nuevo valor cultural, ya sea estético, económico, social o político.

La cultura, desde esta perspectiva, es un modo de relación de la persona consigo misma, con los otros seres humanos, con las cosas y, para los creyentes, con lo trascendente. Es también la respuesta de un pueblo o grupo a sus necesidades o aspiraciones fundamentales: físicas (alimento, vivienda, vestido), psicológicas (seguridad, afecto), estéticas (modelos de belleza), morales (justicia, honestidad, libertad), sociales (política, economía, educación) y espirituales.

Metafóricamente, las culturas se convierten en un ser vivo capaz de crecer o decrecer, abandonar prácticas o asumir nuevas expresiones. Esto ha sucedido, por ejemplo, con el paso de una cultura agraria a una industrial y, de esta, a una de la informática y la cibernética. En este contexto, muchas culturas han sido asimiladas e integradas por otras a lo largo de su historia, pensemos, por ejemplo, en el mestizaje de nuestra cultura cuencana, en la que encontramos expresiones de otras como la griega, la latina, la ibérica, la árabe, la cañarí, la inca, la afro, entre otras. Basta mirar los estilos de construcción para percibir la huella de diferentes civilizaciones.

En este proceso, los medios o instrumentos de la tecnología condicionan poderosamente las relaciones interpersonales, con las cosas e incluso con el mundo espiritual, ya que favorecen más a vínculos virtuales que personales, tanto en la familia como en la misma sociedad. Esta manera de relacionarnos y de responder a las necesidades es la que marca la diferencia de una cultura a otra. En nuestra ciudad existe una multiplicidad de culturas, las que están llamadas a entrar en un diálogo intercultural, en igualdad de condiciones.

Dentro de esta relación entre cultura y naturaleza, es importante preguntarnos por lo que entendemos por la acción de construir. Por lo general, se construye una casa, un puente, una carretera y para ello se requiere de un diseño, un arquitecto, unos materiales, entre otros elementos. Los materiales, por su parte, pueden ser naturales, como el barro, la madera, la piedra y la arena, o elaborados a partir de otros, como el cemento, el ladrillo, el bloque y el vidrio. Además, preceden y acompañan todo el proyecto de construcción, puesto que los diseños dependen de su disponibilidad.

La cultura, como construcción personal o social, tampoco parte de la nada o del vacío, sino de la naturaleza de las cosas y de las personas. La

naturaleza humana es muy parecida en todos los hombres y mujeres, independientemente de su raza, lengua, sexo, ubicación geográfica o estatus social. Si analizamos su anatomía, nos damos cuenta de que existe un modo de ser y actuar común a todos los seres humanos, que los diferencia radicalmente de otras especies.

Esto se percibe con mayor claridad cuando entramos en el diálogo intercultural. Al comienzo, se evidencian las diferencias de lengua, concepciones, comportamientos y valores; pero, luego se llega al sustrato común, donde las necesidades y aspiraciones físicas, psicológicas, éticas y espirituales son muy parecidas. Las diferencias se producen por los acentos que cada cultura ha desarrollado a lo largo de su historia. Si una persona de distinta cultura, raza o etnia nace o crece en otro contexto cultural, aprenderá a vivir y a comportarse sus formas de comportamiento.

La comprensión de la relación entre naturaleza y cultura, por otra parte, nos ayuda a dialogar sin complejos de inferioridad ni de superioridad con todas las culturas. De este modo, aprendemos a valorarlas, pero sin absolutizarlas ni mucho menos depender de ellas, como muchas veces se ha pretendido con la clasificación de culturas de primera, segunda o tercera categoría.

Con el pasar del tiempo, las nuevas generaciones, además de la naturaleza, heredan las grandes conquistas científicas y tecnológicas de los grupos anteriores. Pensemos en el Patrimonio Tangible e Intangible que encontramos en las grandes ciudades.

Por lo tanto, el futuro del pasado de nuestro patrimonio debe tener en cuenta la naturaleza de los objetos y seres, así como la diversidad de culturas que están presentes en la ciudad. El ingenio creador del ser humano está llamado a transformar la naturaleza en función de una vida más digna para todas las culturas, pero sin destruirla.

5. Conclusiones

- a) El futuro del pasado de nuestro patrimonio cultural se construirá si logramos superar el pensamiento fragmentado del tiempo y de la persona y si somos capaces de armonizar la relación entre naturaleza y cultura. En otros términos, una visión unitaria del tiempo y de la vida humana nos abriría a un diálogo interdisciplinario e intercultural.

- b) La ciencia, la filosofía y la teología nos ayudan a comprender mejor las culturas actuales a partir del pasado y a proyectarnos hacia un futuro lleno de esperanza. Es así como podemos declararnos «herederos de un pasado, protagonistas de un presente y gestores de un futuro».
- c) Mi percepción es que aún no existe una participación significativa de la ciudadanía en la toma de decisiones, ya que muchos aún se mantienen como espectadores pasivos y, a veces, agresivos, basta mirar la serie de grafitis de todos los gustos que se colocan sobre los monumentos patrimoniales. En gran parte, me parece que esto es una consecuencia de la falta de un programa educativo para todo tipo de público, no solo para los niños y los jóvenes, como se ofrece en algunos centros educativos.
- d) Por otro lado, considero que sería necesario que las facultades de arquitectura e ingeniería propongan nuevos diseños de construcción inspirados en lo que constituye el patrimonio arquitectónico, especialmente para la edificación de nuevas ciudadelas, pues los modelos de construcción actuales no favorecen una visión integral de la cultura. Por esa razón, da la impresión de que Cuenca patrimonial se limita al llamado Centro Histórico que, poco a poco, puede convertirse en un museo. La arquitectura, por lo mismo, debe estar al servicio de los grandes valores culturales, como la hospitalidad, la solidaridad, la amistad, la relación fraterna. No nos olvidemos que las estructuras reflejan la cultura o la manera de ser de un pueblo y, a la vez, la condicionan y hasta la cambian.
- e) Finalmente pienso que los mayores desafíos a los que nos enfrentamos se refieren a la educación y el financiamiento, puesto que, sin una debida y sistemática educación en los valores tangibles e intangibles de nuestro patrimonio cultural, corremos el riesgo de perder la identidad por la que Cuenca fue declarada Ciudad Patrimonial. Creo también que el financiamiento, sin decisión política, tanto del sector privado como del público, y sin los suficientes recursos económicos para la restauración y la conservación del patrimonio, culminaría en la destrucción progresiva de los bienes culturales, más aún si estos han cambiado de uso.